

IVÁN JAKSIĆ

***Ven conmigo a la España lejana: Los intelectuales
norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880***

(Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica,
2007. 485 páginas)

Herbert S. Klein

hklein@stanford.edu
Stanford University

Hay pocos intelectuales hoy que pueden entender y explicar dos culturas y sociedades tan diferentes como la norteamericana y la latinoamericana y pocos que pueden trabajar con la imparcialidad mostrada por Iván Jaksić. En realidad no hay ningún historiador norteamericano que pueda producir un estudio tan sofisticado como este libro y estoy seguro de que pocos latinoamericanos tienen el conocimiento tan profundo de la cultura e ideología norteamericanas como para escribir un libro sobre la historia intelectual de los Estados Unidos.

No solamente es esta una obra de gran erudición y sensibilidad, sino que es un estudio muy original. Jaksić muestra que un grupo de intelectuales de primera fila en la cultura norteamericana en la primera mitad de siglo XIX estuvo íntimamente relacionado con la cultura e historia de España y América Latina. Además de mostrar el entusiasmo de estos poetas, historiadores e intelectuales de Nueva Inglaterra por esta exótica cultura hispánica, destaca también la importancia de sus estudios sobre la historia y cultura de España en la formación de sus propios mitos e ideas fundacionales sobre los EE.UU.

Por ejemplo, se ha dicho, hasta en los libros de Washington Irving, que los norteamericanos no podían aceptar a Colón como parte de su propia historia. Se afirma que Colón descubrió el país incorrecto, trabajó para una nación inaceptable, no hablaba inglés y además era italiano y católico. Se agrega que fueron solo los puritanos los que descubrieron

Estados Unidos. De hecho, el día de Colón no se convierte en una fiesta norteamericana nacional hasta 1937.

También Jaksić muestra, en una forma bien detallada, cómo estos intelectuales norteamericanos, si bien educados en la lengua, historia y cultura de España, aun así mantenían sus ideas fundamentales formadas por la leyenda negra: una visión bien influida por su protestantismo liberal. Pero hay diferencias sutiles entre la actitud tan prejuiciosa de Mary Mann y un poeta como Longfellow, quien podía tener aceptación como un escritor pro católico dentro de España y América Latina. También, a pesar de toda la autoconfianza que estos escritores tenían en su propia ideología nacionalista, la “lección” que la lectura de la historia de España les ofrecía, existía el temor de que una joven república como EE.UU. se transformara en un imperio. Esta lectura de la historia de España fue especialmente importante para ellos después de su propia experiencia con la guerra iniciada por el gobierno norteamericano contra México en 1848, la cuestión de esclavitud negra y la crisis de la Guerra Civil entre 1860 y 1865. Para muchos de estos escritores, la evolución de España, como la de Roma de república a imperio, fue una advertencia del potencial efecto negativo que tendría la transformación del país en un imperio. Este sería un tema constante en la vida intelectual norteamericana, muy discutido en la época de la guerra con España en el fin de siglo. Incluso en una serie de libros publicados recientemente por un politólogo bien conocido –Chalmers Johnson– se plantea nuevamente el tema de que la vida republicana fue progresivamente destruida por la creación de un imperio norteamericano, que comenzó con la guerra de 1898 y quedó firmemente establecido después del fin de la guerra fría. Pero esto ya aparece en las evaluaciones de Prescott y los otros escritores sobre Carlos V.

Además de la acertada traducción de las ideas, tanto literarias como políticas, del espíritu y de las actitudes de los autores norteamericanos, hay en esta obra un complejo proceso de traducción lingüística que se evidencia en todos los textos, desde los documentos históricos hasta los ensayos. Longfellow, en particular, tradujo cientos de versos del español al inglés, mientras que la minuciosa historia de Ticknor proporcionó generosos párrafos de las extensas y algunas no tan conocidas obras de la literatura española. El capítulo sobre Mary Mann, la traductora del *Facundo* al inglés, narra el complicado proceso de traducción no solo idiomática del lenguaje de Sarmiento, sino que además su traducción política de las ideas unitarias y luego federalistas del intelectual argentino. Todo esto, para un público norteamericano sin familiaridad alguna respecto de los procesos políticos en el Cono Sur.

Desde el punto de vista de la traducción, es notable el esfuerzo que han debido hacer los intelectuales españoles e hispanoamericanos

de las obras de sus colegas norteamericanos. En algunos casos, para no traicionar su fe religiosa, o debido a que debían manejarse en un ambiente en que el catolicismo era aún la religión oficial del Estado, los traductores debían esforzarse por editar, modificar e incluso suprimir aquellas opiniones en que los autores norteamericanos expresaban sus opciones religiosas protestantes. También, debían ejercer un máximo de prudencia cuando algunas de sus opiniones, expresadas en un tono irónico, pudieran herir el orgullo nacional, ya sea al criticar u ofender algunas de las figuras históricas del mundo hispano, o al expresar comentarios directamente racistas, como lo hace Prescott en el caso de México y su población indígena.

Es igualmente muy interesante para un lector norteamericano comprobar el profundo prejuicio en la ideología nacionalista y romántica, aún en escritores tan sofisticados como Longfellow, Ticknor y Prescott, quienes no podían abandonar sus prejuicios protestantes. Además de su hostilidad a la religión romana como idea, puede haber habido un temor aquí también por la pureza de su propia república, dado que sus adoradas ciudades de Boston y Cambridge fueron invadidas después de 1840 por una masa de inmigrantes irlandeses católicos, que probablemente no se llevaban nada de bien con estos unitarios.

Lo que no se entiende es por qué ellos tenían que aceptar la ideología elaborada por los escritores nacionalistas de Castilla del siglo XIX sobre el origen y existencia de una España unificada e indivisible. En estos mitos del siglo XIX existe una reconquista prolongada de casi siete siglos en la cual el *Poema de Mío Cid* y la reina Isabel I son los modelos perfectos de una Castilla tradicional y correcta. Se puede entender su hostilidad hacia Felipe II, líder de la Contrarreforma, pero ¿por qué existía esta hostilidad de ellos y también de los escritores ingleses y escoceses en contra de Carlos V, culpándolo de actitudes y políticas que tienen más que ver con la reina Isabel que con Carlos o aun con su marido Fernando? Es obvio que los intelectuales vascos y catalanes no aceptan esta visión castellana unificada hoy en día, y el Cid, por ejemplo, ya no tiene este rol de símbolo de una cruzada católica. En un próximo trabajo, sería interesante para el profesor Jaksić ver cómo esta ideología fue elaborada en España al fin de siglo XIX y si hubo un impacto de los trabajos de Ticknor y Prescott, por ejemplo, sobre los escritores clásicos españoles.

Finalmente, en su último capítulo el profesor Jaksić hace referencia a Herman Melville y su famosa novela *Benito Cereno*, basada en una rebelión de esclavos en un barco de cabotaje en Chile, como ejemplo del prejuicio anticatólico de estos intelectuales norteamericanos. Si bien es probable que Melville fuera –como los otros– muy anticatólico, es verdad también que se puede leer este trabajo como una crítica profunda

de su propia sociedad norteamericana y su incapacidad de entender el impacto negativo de la esclavitud negra en su adorada república. El paternalismo e inocencia mostrados por el capitán norteamericano Amasa Delano frente a la esclavitud latinoamericana es para Melville un símbolo de lo peor del pensamiento norteamericano sobre la esclavitud; el único país en las Américas que elaboró una defensa positiva de la esclavitud en el siglo XIX.

Lo que es aún más impresionante en el tratamiento del profesor Jaksic sobre estos temas es cómo él ha podido entender los propios orígenes y sentimientos de estos escritores norteamericanos. Tal como Ticknor y Prescott, él ha identificado las fuentes de sus pensamientos y sentimientos, pero, al contrario de ellos, ha podido entenderlos sin imponer sus propios prejuicios o rechazar sus verdaderos aportes. Esto hace de su trabajo un aporte verdaderamente impresionante, que debe transformarse en un clásico en el área del pensamiento norteamericano del siglo XIX.